

Cómo salvar un corazón roto

Cómo salvar un corazón roto

Aitana Álvarez



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Aitana Álvarez 2024

© Entre Libros Editorial LxL 2024

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: diciembre 2024

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 978-84-19660-71-8

Para todo aquel que tiene el corazón herido
y confía en el tiempo para sanarlo.
Y para mamá, que me enseñó que
nadie muere de un corazón roto.

CAPÍTULO 1

FIESTA CAÓTICA, CONSECUENCIAS AÚN PEORES

ASHLEY

Miro el ventilador estático del techo entre los tenues haces de luz que entran por las rendijas de la persiana medio bajada. Me duele la cabeza, pero no tengo ganas ni fuerzas para levantarme e ir a tomarme una aspirina.

«Vacío: falto de contenido físico o mental».

La profesora de Pintura nos pidió en una de sus clases pensar en una única palabra que nos definiera.

Y esta lo hace a la perfección.

Las cosas son complicadas aquí, en mi cabeza, donde reina el caos y a la vez el silencio, donde pienso en todo y al segundo siguiente apago mi mente y estoy en blanco. No controlo lo que siento, pero sí lo que no debo sentir.

Confusa, vacía, aterrada de todo lo que me rodea.

La fiesta de anoche fue una completa locura, tanto que ni siquiera me acuerdo de qué demonios hice o bebí, así que solo espero no escuchar o ver algo de lo que me arrepienta pululando por ahí. El alcohol nunca me ha sentado especialmente bien, y aunque sé

que fui con mi amiga Iris, tengo recuerdos borrosos de un chico llevándome de vuelta a casa. El estómago se me revuelve al pensar que haya ocurrido algo más allá de un simple viaje en coche. Confío en que Iris me dejó con alguien de fiar, pero debería ser más precavida la próxima vez que decida irme de fiesta.

Estiro la mano y busco a tientas mi móvil en la mesilla de noche. No lo encuentro y eso me frustra, lo que acentúa mi dolor de cabeza. No sé qué hora es, probablemente más de las diez. No escucho ruido fuera, y eso significa que Iris no está, así que habrá decidido ir a clase a pesar de la resaca. Tal vez, si hubiese vuelto de la fiesta más temprano, habría tenido la suficiente fuerza de voluntad para ir. Sin embargo, dudo que le hubiese hecho caso a la primera alarma y habría llegado tarde.

Me incorporo en la cama muy a regañadientes y todo me da vueltas. Me entran ganas de vomitar y no tengo muy claro hasta qué punto es buena idea ponerme de pie. Aun así, aparto las sábanas blancas enredadas en mis piernas y me levanto. Tengo que agarrarme al colchón para no caerme y parpadear despacio porque me mareo demasiado fácil. Por suerte, conozco mi habitación de memoria y no tardo en encontrar la puerta. Arrastro los pies hacia ella, chirría cuando la abro, y la fuerte luz que alumbra el salón del apartamento me hace cerrar los ojos de golpe.

Creo que debería haberme tomado la aspirina cuando desperté hace horas.

Camino despacio hacia la pequeña cocina, parpadeando para acostumbrarme a la claridad, y pulso el interruptor, pero frunzo el ceño al ver que se apaga. Una suave risa me hace abrir los ojos de golpe y volver a encenderla para ver de quién se trata.

Descubro que no es mi mejor amiga cuando veo la ancha espalda salpicada de pequeños y desordenados tatuajes. Mis ojos suben hacia su pelo oscuro y lleno de rizos despeinados. Aunque se nota que el deporte no falta en su rutina, es un chico muy delgado y

bastante alto. Los pantalones negros que lleva puestos le caen por la cadera, dejando ver la cinturilla de sus calzoncillos, también negros. Estoy segura de que los tiene desabrochados.

Se da la vuelta, sujetando una paleta de madera con fuerza y dedicándome una sonrisa divertida. Enarca las cejas y me mira de pies a cabeza, supongo que tratando de averiguar cómo me encuentro. Yo, sin embargo, me fijo en su nariz respingona, en su mandíbula perfecta y en las suaves cicatrices del acné juvenil sobre sus mejillas. Lo que me hace quedarme sin respiración son sus ojos verdes con tonos miel. Reconozco esa mirada desde la primera vez que lo vi al entrar en la universidad. El estómago me da un vuelco, tengo aún más ganas de vomitar y aprieto mi agarre al marco de la puerta.

¿Qué hace James Harries en mi habitación sin camiseta y preparando lo que creo que es el desayuno?

—Buenos días —me dice tranquilo. No deja que responda—: Mi plan era hacer el desayuno y largarme, pero te has adelantado. —Se gira para coger la sartén y da un par de pasos hacia la mesa, donde únicamente hay un plato blanco que ahora llena de huevos revueltos y beicon.

Observo cada uno de sus movimientos con cuidado mientras mis ojos recorren su torso. Parpadeo para despejar mi mente y regañarme a mí misma porque no debería estar mirándolo así. Él parece darse cuenta de que lo observo, porque sonrío aún más. Señala con la barbilla un vaso de agua en la encimera y un sobre de aspirina a su lado.

—Tómatelo —me recomienda—. Estoy seguro de que estás hecha mierda.

No voy a negar lo evidente.

Me acerco al sobre de aspirina, lo vierto en el vaso de agua, lo cojo entre mis manos y lo muevo para disolver los polvos mágicos que harán que me sienta como nueva.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto al fin, con una mueca asqueada por la medicina.

Llevo queriendo saberlo desde que he entrado en la cocina, sin embargo no tenía ganas de abrir la boca hasta tomar algo que me calmara un poco la fatiga.

—No me sorprende que no te acuerdes. —Suelta un suspiro y apoya la cadera en la mesa, junto al plato de comida que me ha dejado—. Iris me pidió que te echara un vistazo cuando se fue, y tú me pediste que te llevara a casa.

Frunzo el ceño.

—¿A ti?

Dudo mucho que mi yo sobria le pidiera tal cosa a uno de los tíos más famosos de la facultad por su mala reputación. He de admitir que no conozco a James como para juzgarlo, pero, después de todo lo que se dice de él, tampoco tengo ganas de hacerlo.

—A mí —confirma—. ¿Tanto te sorprende?

—Pues sí.

Mi respuesta no lo pilla por sorpresa.

—¿Por qué? —indaga—. Si se puede saber.

Camino hacia unos de sus lados para sentarme en la silla que hay frente al plato, dispuesta a dejarlo vacío. James espera paciente, siguiendo con la mirada todos mis movimientos.

—No eres el tipo de chico al que le pediría ayuda —respondo al fin—. Al menos, no de ese tipo.

—¿Y de qué tipo?

—Quizá para esconder un cadáver. —Me encojo de hombros—. Pareces esa clase de tío.

Chasquea la lengua.

—No quiero saber por qué coño me llamarías para eso, Ashley.

—Tú te lo pierdes.

Mezclo el huevo con el beicon, y al meterme un bocado en la boca tengo que reprimir un jadeo. Mi estómago se ha asentado y estoy hambrienta, así que cualquier cosa me sentará bien.

Evidentemente, sabe quién soy. Su mejor amigo, Craig, es el novio de mi compañera de piso y mejor amiga desde hace casi un año. El problema es que no he estado con él más de diez minutos y nunca hemos compartido una sola palabra.

—¿Has pasado aquí la noche? —inquiero. Se limita a asentir con la cabeza—. ¿Por qué?

—Tú querías que me quedara. —Me rodea y se acerca a la sartén para ponerla en el fregadero—. Eso y que vomitaste en mi camisa y tuve que lavarla. Me quedé dormido mientras esperaba a que terminara la lavadora.

Lo miro alarmada al escuchar la segunda razón.

—Lo siento —le digo con la boca llena. Aparece una suave sonrisa en sus labios—. Joder, lo siento de verdad.

James hace un ademán con su mano, restándole importancia.

—Da gracias a que la mancha ya no está, si no, te obligaría a lavarla a mano.

Sé que bromea, y aun así asiento levemente y avergonzada. Aparto mis ojos de él y me centro en el desayuno.

—Gracias, supongo —murmuro—. Y por ayudarme anoche.

—No es nada —dice con voz baja—. Tampoco quería meterme en problemas con Iris y Craig. Si no llegabas sana y salva a la residencia, me habrían asesinado.

Suelto una risa. Nuestro apartamento está justo al lado de la residencia de estudiantes. Aunque esa fue nuestra primera opción, encontramos el pequeño pero perfecto hogar justo al lado y, además, con mejores condiciones, como cocina y habitaciones propias.

—Es irónico, cuando lo único que se rumorea es que te encanta meterte en problemas.

Esta vez, sí parece afectado. Aunque no estoy mirándolo, adivino que le ha molestado. En el fondo, sé que no ha estado bien soltar algo así. Craig ha hablado con Iris cientos de veces de lo mucho que él y James odian los rumores, pero no he pensado antes de decirlo.

—Vale. —Suelta un suspiro pesado y escucho sus pasos acercarse a la puerta—. De nada por ayudarte, Ashley.

No me da tiempo a decir nada más. Se ha ido.

Un minuto después de que haya salido de la cocina, se escucha un portazo que resuena por toda la casa y hace que incluso las paredes tiemblen.

Me he pasado, he sido una gilipollas, aunque ha sido una buena forma de evitar pasar más tiempo con él. Si alguien de la facultad lo ve conmigo, estaré metida en sus problemas, y no quiero llamar la atención de miles de estudiantes solo porque uno de ellos decida ser idiota.

«No lo conoces, Ash», me recuerda el lado empático de mi mente.

No es necesario que lo haga.

Escucho un gruñido en la puerta de la cocina y giro la cabeza para ver de quién se trata. Iris, mi mejor amiga, me da los buenos días con mala cara, y adivino que el portazo que James ha decidido dar la ha despertado. Esperaba que estuviera en clase, pero me alegra tenerla conmigo ahora para poder hablar sobre lo que sucedió anoche.

—¿Quién ha cerrado así la maldita puerta? —suelta con brusquedad—. No pretendía levantarme hasta más del mediodía.

Se acerca a la cafetera y se sirve un café. Mientras deja que se enfríe, recoge su gran maraña de pelo rizado en un moño alto y se pasa las manos por el rostro. Sus ojos rasgados y negros me miran con cansancio, y aprecio leves ojeras bajo ellos.

—Era James.

—Ah, sí.

—¿Por qué le pediste que me vigilara? —inquiero ofendida. De repente, me siento traicionada por mi mejor amiga.

—Fue Craig. —Me mira—. Pero yo le di la idea.

—¿Por qué? —insisto.

Quizá estoy haciendo una montaña de un pequeño grano, pero ella sabe que juntarme con James es como querer ver mi mundo arder. Estar con él es entrar de lleno en sus problemas, en cualquier rumor nuevo que se inventen, y no me apetece estar relacionada con eso.

—Era el único sobrio. Y, si te soy sincera, el único tío del que me fiaba. —Se encoge de hombros y rodea con sus dos manos la taza de café—. Me fui de allí con Craig a medianoche porque me encontraba fatal. Tú ya estabas como una puta cuba, y como no quería dejarte sola, confíe en James.

Por un momento, creo que está regañándome, pero logro ver un atisbo de sonrisa en sus labios y empiezo a darme cuenta de que en realidad está riéndose de mí.

—Quería despejarme un rato —miento.

—Y una mierda. Nunca bebes tanto, Ash —se queja. Se sienta a mi lado y cruza las piernas—. ¿Viste a Andrés y a Evelyn?

Escuchar sus nombres juntos en voz alta solo consigue que el corazón me dé un vuelco y el nudo en mi garganta aparezca.

Andrés ha sido mi mejor amigo desde que tengo uso de razón. Hemos ido al mismo colegio, al mismo instituto y estudiamos la misma carrera. Ha estado para mí en cada momento, como yo lo he estado para él, y no me arrepiento de tener casi todos mis recuerdos juntos. Pero desde que conoció a Evelyn, su actitud hacia mí es irreconocible, tanto que dudo que recuerde que existo en su vida. Me mira por los pasillos y muy de vez en cuando me saluda, como si no me hubiera aguantado llorando en sus brazos hasta dormirme o no hubiese venido a casa un día de tormenta solo para disculparse por un malentendido. Se ha cargado lo que una vez fuimos, y parece que le ha dado igual.

—No.

—No me mientas.

Me levanto de la silla con brusquedad y las patas chirrían contra el suelo. Iris da un respingo a mi lado. Me conoce, sabe que no quiero hablar del tema porque hacerlo solo consigue que me dé de bruces con la realidad y que el resto del día sea una mierda.

—Lo siento. No quería que te pusieras así, solo quiero saber cómo estás.

—Estoy bien —concluyo—. No necesito que te preocupes por mí.

En cuanto mi familia se enteró hace seis meses de la noticia —Andrés y Evelyn siendo una pareja perfectamente feliz—, me llamaron para darme el pésame. Después de todo, no solo ha sido mi amigo. Hace años que me enamoré de él hasta las trancas: de ese amor que sabes que será imposible y aun así te quedas, ese que te rompe el corazón sin darte cuenta.

Iris baja la mirada, arrepentida. Dejo el plato en el fregadero y vuelvo a mirarla. No quiero ser así con ella, pero tampoco quiero que se preocupe por mí. Cada uno tiene sus problemas, y ya carga demasiados, por lo que no me gustaría que también se llevase los míos a la espalda.

—Por cierto, ¿has visto mi móvil? —cambio de tema para relajar el ambiente—. No estaba en mi habitación.

—Ni idea. —Se encoge de hombros—. ¿Has buscado en el salón? Quizá se te cayó anoche.

—Voy a mirar.

Salgo de la cocina decidida a buscar mi teléfono en el salón, pero no lo encuentro por ningún lado y empiezo a frustrarme. La puerta de la habitación de Iris se abre y Craig cruza el umbral con los calzoncillos puestos y sobándose los ojos. Se pasa una mano por su pelo anaranjado y me mira con ojos entrecerrados. Se ve que la claridad le molesta.

—Buenos días —murmura con voz ronca—. ¿Qué pasa?

—No encuentro mi móvil —le respondo, al borde de la desesperación.

Craig abre los ojos de repente y mueve la boca para decir algo. No obstante, vuelve a cerrarla. Se ha quedado más pálido que de costumbre.

—Entonces, ¿no lo has visto? —me pregunta.

Frunzo el ceño.

—¿Mi móvil? —repito, ahora algo confusa—. Estoy diciéndote que no lo encuentro.

Iris sale de la cocina al escucharnos hablar. Está pálida y con su teléfono en la mano. Alterno la mirada entre los dos y empiezo a inquietarme.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada.

Craig mira a Iris para confirmar que puede decirlo.

—Eres tendencia, Ash. —Fuerza una sonrisa—. Siempre he querido tener amigos famosos. Debería daros las gracias.

Iris le da un golpe en el brazo y Craig aprieta los labios.

—¿Tendencia? —Las manos empiezan a temblarme—. ¿De qué hablas?

Mi mejor amiga me tiende su teléfono y yo me acerco para ver de qué demonios trata todo esto. En cuanto mis ojos se fijan en la foto que está enseñándome, el alma se me cae a los pies.

No me lo puedo creer. Esto tiene que ser una puta broma.

—Mírale el lado bueno —interviene Iris en voz baja—. Te has enrollado con el tío más bueno de la facultad.

—Oye —se queja Craig.

—Después de ti, claro.

Dejo de escuchar su conversación y todo lo que hay a mi alrededor. En la foto, salimos James y yo besándonos en la fiesta de anoche. Una cuenta de cotilleos la ha subido a Instagram, y estoy segura de que también estará rulando por cualquier otra red social.

Lo peor de la imagen es que parece que he sido yo la que se ha acercado a él. Mis manos están alrededor de su cuello y las suyas caen a sus costados, sin saber qué hacer. Logro discernir la gente que hay detrás de nosotros, aunque la mayoría salgan borrosos. Y reconozco al que fue mi mejor amigo. Andrés está sujetando una cerveza, mirando la escena con un semblante que no termino de descifrar.

Empieza a faltarme el aire.

Joder, joder, joder.

Iris consigue que salga de mi burbuja poniendo una mano sobre mi hombro.

—No te preocupes, Ash —murmura—. La gente hablará de esto hasta que encuentren algo mejor de lo que reírse.

No sé si me alivia o lo empeora.

Mi mejor amiga me dedica una sonrisa ladeada y temblorosa, como mis piernas. Craig se queda frente a mí sin saber muy bien qué hacer, pero parpadea y me mira como si se hubiera acordado de algo.

—Es posible que tu móvil lo tenga James —comenta, cambiando de tema—. Me mandó un mensaje desde tu número porque su teléfono se había quedado sin batería. Quizá se le olvidó devolvértelo.

Miro a Craig, y aunque sigo sin creer lo que acabo de ver, tomo una decisión apresurada.

—Sabes dónde vive, ¿no? —le pregunto. Iris abre la boca para hablar, pero cuando Craig asiente, la interrumpo—: Llévame ahora mismo.

Sé con certeza que no es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Y mucho menos ahora, con la foto de la fiesta rulando por ahí, pero es mi móvil lo que está en juego y necesito recuperarlo como sea.

Craig no puede decirme que no, así que entra en la habitación de Iris para vestirse y yo hago lo mismo en la mía. Mi amiga se queda en el salón con los brazos pegados a su cuerpo. La conozco, sé que quiere decirme que no es buena idea que sea yo la que vaya

a hablar con él porque estoy nerviosa y enfadada, pero no le servirá de nada sermonearme.

No me molesto en arreglarme, sino que me recojo el pelo y me pongo lo primero que pillo del armario que me abrigue. Fuera hace un frío del demonio y algo me dice que James es capaz de cerrarme la puerta en las narices, así que prefiero ir preparada por si tengo que estar más de quince minutos esperando.

Y casi veinte minutos después de salir del apartamento, llegamos a la casa de James. Está en las afueras de la ciudad, en un barrio que nunca había pisado porque no he tenido que hacer nada por aquí. Todo lo que necesito está cerca de la residencia o en el centro.

—¿De verdad no quieres que entre contigo, Ash? —me pregunta Craig por enésima vez—. James te hará más caso si me ve contigo.

Lo tengo más que claro, teniendo en cuenta que es su mejor amigo.

—No, Craig —lo corto—. Voy a conseguir que me devuelva el móvil y le preguntaré sobre esa foto.

—Llámame si quieres que te recoja. —Lo miro, con los labios apretados en una mueca, y sus ojos oscuros se cierran, dándose cuenta de lo que ha dicho—. Bueno, si consigues el móvil, claro. Ya me entiendes, Ash.

Abro la puerta del coche hecha un manojo de nervios. Después de lo que ha pasado esta mañana, tendría todo el derecho a no abrirme la puerta, no obstante estoy rezando para que, bajo esa faceta, sea alguien de buen corazón ante una necesitada como yo.

—Buena suerte.

Craig no ayuda.

Salgo del coche y observo la puerta de la casa de James. No es muy grande, pero parece acogedora. Craig ya se ha marchado y cojo una bocanada de aire que me congela los pulmones, intentando recoger el valor y el orgullo que me quedan después de lo de anoche. La calle está desierta y el frío me cala los huesos, sin

embargo me da tanto miedo lo que vaya a pasar que entro en calor nada más pensarlo.

Llamo al timbre sin darle muchas vueltas. Si lo pienso con claridad, lo más seguro es que Craig regañe a James si me deja tirada y sin mi teléfono.

No sé cuánto tiempo pasa, pero vuelvo a llamar al timbre. Entrelazo los dedos para entrar en calor y muevo los pies, inquieta.

«Por favor, abre la maldita puerta».

—¿Qué pasa ahora?

La abre con brusquedad. Cierro la boca de golpe, apretando los labios. Espero que no sea por mi culpa que esté así.

James suaviza su semblante serio, se apoya en la puerta y pasa una mano por sus rizos.

—¿Qué haces aquí, Ashley? —Habla mucho más tranquilo—. Creía que lo último que querías era verme.

—No estás equivocado. —James suelta un suspiro y hace un amago de cerrar la puerta. Me apresuro a poner el pie y me regaño mentalmente. Si quiero pedirle mi teléfono y conseguir que me lo dé, necesito ser algo más simpática—. Mira, solo vengo porque no encuentro mi móvil y Craig me dijo que le enviaste un mensaje con él.

—Sí, lo hice.

Tiene que estar bromeando.

—Vale. —Asiento y estiro un brazo hacia él, con la palma hacia arriba—. ¿Me lo devuelves?

Entrecierra los ojos, mirándome pensativo. Sube una mano a su barbilla y logro ver cómo una de las comisuras de sus labios se eleva en una pequeña sonrisa traviesa.

—Es que me gusta meterme en problemas —ataca, repitiendo mis palabras de esta mañana—. Así que me lo quedaré y lo venderé para sacar algo de dinero.

Está riéndose de mí, el muy gilipollas.

—Necesito mi móvil, James.

—Necesito el dinero, Ashley.

Tengo que morderme el interior de las mejillas para evitar soltarle una retahíla de insultos.

—¿Qué quieres a cambio? —le pregunto, creyendo que es la mejor opción.

Es evidente, cuando hablamos de James, que pedirle un intercambio es querer entrar en la boca del lobo.

Se aparta de la puerta y señala hacia dentro para dejarme entrar. Frunzo el ceño pero lo hago, a pesar de que podría ser muy mala idea. James cierra a mi espalda y me rodea para seguir hacia delante.

Tenía razón cuando vi la casa desde fuera: es acogedora. El suelo es de mármol blanco con manchas grises; los muebles, blancos, y los tiradores, negros. He de admitir que es muy clásico y que no va muy acorde con James, pero es bonito.

—¿Por qué me has invitado a pasar? —me animo a preguntarle.

—Me has preguntado qué quiero a cambio.

Me guía hacia lo que supongo que es el salón y se sienta en el sofá negro. Empiezo a pensar lo peor.

—¿Y es...?

—No quiero acostarme contigo. —Suspira derrotado, como si me hubiese leído la mente—. Quiero hablar.

Me siento en el sofá, alejada de él. No quiero estar tan cerca como para sentirme intimidada por su presencia y por su aroma a menta, que lo hace ser aún más atractivo.

—¿Sobre qué?

—¿Has visto la foto? —va al grano—. Está en todas las redes sociales. Y cuando digo todas, es *todas*. Incluso nos han abierto un hilo en Twitter.

—Solo he visto la publicación de Instagram gracias a Craig.

—Pues has tenido suerte, porque a mí están bombardeándome el móvil. —Estira un brazo sobre el respaldo del sofá—. Imagino que será porque no tienes el tuyo.

—Bingo —respondo irónica—. ¿Y bien? ¿Qué quieres, James? Se relame los labios y tarda un momento en continuar hablando:

—Quiero que me ayudes y finjas estar interesada en mí.

Lo miro unos segundos sin saber qué decir y me echo a reír. Las carcajadas salen del fondo de mi garganta con ganas, y no puedo parar hasta que veo que él está totalmente serio y confuso por mi reacción.

—Espero que sea una broma.

—¿Quieres que te explique lo demás, o vas a seguir riéndote de mí?

Aguanto una risa y asiento, negando después con la cabeza.

—Adelante.

—Bien. —Coge aire—. Digamos que todo este lío del beso es por tu culpa, así que además de que tengo el poder de vender tu móvil, me ayudarás a resolver esto que tú has provocado.

—No voy a fingir que me interesas. Sería como cometer un suicidio.

James esboza una sonrisa irónica.

—Luego esconderé tu cadáver, tranquila. Según comentan, se me da de puta madre.

Me muerdo la lengua para no mandarlo a la mierda.

—¿Por qué quieres que finja estar interesada en ti? —inquiero—. No voy a dejar mi orgullo por los suelos.

—Tu orgullo y dignidad están bajo tierra, Ashley —se burla—. Conoces los rumores que hay sobre mí, ¿verdad? Necesito que me dejen en paz, y a ti te vendría bastante bien que dejaran de hablar sobre eso.

Apoyo las manos en mis piernas y me levanto.

—Siento decirte que no podemos cambiar la mente de los demás, James. Los rumores son problema tuyo, no mío, así que piensa algo mejor.

—A partir de ahora, también te arrastran a ti. —Aunque quiero negarlo, sé que tiene toda la razón—. Ahora que todo el mundo nos ha visto besarnos, creen que el *chico malo* que era ha desaparecido y estoy interesado en alguien como tú. —Bufa—. Te aclaro que eso no pasará, pero me ayudaría que todos lo creyeran.

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué ahora te importa tanto lo que los demás opinan? Siempre vas por ahí como si todo te diera igual.

—No he dicho que no sea así —me rebate—. Pero si siguen hablando mierda de mí, me expulsarán de la universidad y me echarán del trabajo. Tengo suficientes problemas con los que lidiar ahora, y tú los empeoraste anoche.

No conozco su vida personal y no me interesa hacerlo, pero si es como dice, los estudiantes solo querrán hacerle daño. Admito que en cierto punto me creía todo lo que hablaban de él, aunque al ver lo desesperado que está por cambiar esos rumores, me pregunto cuál de todos será verdad, si es que hay alguno.

—No puedo ayudarte, James —murmuro. Una parte de mí sabe las consecuencias que tiene una borrachera, pero sería un cambio demasiado brusco en mi vida—. Si acepto fingir salir contigo, llamaré demasiado la atención. No puedo arriesgarme a meterme en el mismo saco que tú.

James traga saliva, parece que mis palabras han sido como cuchillos clavándose en su piel. Se levanta, con las manos temblorosas y los labios fruncidos.

—Gracias por nada, Ashley. —Me da la espalda. Me siento mal, pero tengo que aguantar tres años más aquí y lo último que quiero es meterme en problemas—. El móvil está en el primer cajón del mueble junto a la televisión. Cógelo y lárgate.

Me lo merezco.

Desaparece por la puerta y yo voy hacia el cajón para sacar el móvil. Suelto un suspiro, aliviada, aunque al darle la vuelta compruebo que no es la funda que yo tenía puesta. Maldigo en un susurro y salgo del salón.

—James —lo llamo mientras él sube las escaleras. No frena hasta que sigo hablando—: Este no es mi móvil.

Se queda de piedra.

—Mierda.

CAPÍTULO 2

SALIR CON UN CRIMINAL

ASHLEY

—¿Cómo se te ocurre dejar el móvil en el peor *pub* de la ciudad? —le espeto enfurruñada—. Joder, a saber si lo encontramos.

—Sé dónde está, Ashley —me repite cansado por tercera vez en cinco minutos—. Fui a ver a un amigo. Lo más seguro es que lo tenga él.

Me giro atónita hacia él en el asiento de su coche.

—¿Por qué fuiste a ver a un amigo mientras estaba casi inconsciente?

James suelta un suspiro sonoro y se inclina hacia delante en un cruce para divisar que no viene ningún vehículo. Aprieta las manos en el volante, se le vuelven blancos los nudillos y las venas de sus brazos resaltan. Tengo que apartar la mirada al verlo y carraspear.

—¿Te han dicho alguna vez que hablas demasiado? —Me mira de reojo—. Si no te hubieras emborrachado tanto, quizá no tendríamos esta conversación.

Touché.

Quiero seguir rebatiendo, pero ya está muy nervioso y no quiero volver a discutir, así que cierro la boca y me dejo caer en el respaldo del asiento.

Es temprano, quizá no es ni mediodía, pero me gustaría estar en mi habitación dibujando, viendo alguna serie o, como última opción, estudiando. Sin embargo, estoy aquí con el chico más jodido de toda la facultad buscando el móvil que él ha perdido porque no sé controlarme en las fiestas.

Parece seguro cuando dice que vamos a encontrarlo, y en el fondo me gustaría confiar en él, pero mi parte poco racional y enfadada decide que no lo haré por ahora y solo quiere reprocharle lo que hizo.

—Necesitaba pasar por el *pub* antes de llevarte a casa —me explica más tranquilo—. Le debía un favor a un amigo. Pero no te dejé sola en ningún momento. A saber qué habría pasado...

Asiento sin mirarlo.

—¿Trabajas allí? —le pregunto.

—No. —Baja la velocidad una vez que llegamos y busca aparcamiento—. No estoy tan loco.

—Cuestionable.

—Ya empezamos.

Niego con la cabeza a la vez que aprieto los labios para indicarle que no diré nada más.

James consigue aparcar cerca de la entrada y no me sorprende ver que está cerrado. No les conviene abrir ahora que no vendrá nadie, sino a las tantas de la mañana, que será cuando esto se llene por completo.

—James —lo llamo sin bajar del coche, aunque haya apagado el motor—, está cerrado.

—Para el público, sí. —Sale del vehículo sin más.

Lo sigo rápidamente para evitar que me deje aquí encerrada, porque seguro que no le faltan ganas.

—Espero que no quieras entrar por la fuerza, porque no tenía pensado que me arrestaran por allanamiento de morada —lo advierto—. Aunque, igual, tú estás acostumbrado.

Mete las manos en los bolsillos de sus vaqueros oscuros, los mismos que vestía esta mañana. Ahora lleva una sudadera gris ancha y larga y la capucha puesta.

—Tú y yo vamos a necesitar una larga charla de por qué no debes tratar a un *supuesto criminal* como un criminal.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor decido tomarla contra ti.

Me fijo en la leve sonrisa que se dibuja en sus labios antes de que me dé la espalda y me obligue a seguirlo.

Está de coña, ¿no?

Escondo las manos en los bolsillos de mi abrigo y camino detrás de él mirando con cuidado a mi alrededor. Se acerca a unas escaleras tenebrosas por la poca luz que entra, al lado del establecimiento. Dudo durante unos segundos si bajar o no, ya que siempre me ha dado miedo la oscuridad, pero recuerdo que es mi móvil lo que está en juego y reúno el valor para seguirlo. El ambiente es húmedo, pesado y frío. Me cuesta coger aire, e imagino que será el putrefacto olor que inunda este lugar.

Veo que James coge un pomo de una de las macetas que hay al lado. La planta está más que muerta, pero la tienen ahí como si fuese un adorno bonito. Lo mete en su lugar y lo gira, logrando que la puerta se abra.

—Puedes entrar si quieres conseguir tu móvil. —Me mira, con la puerta entreabierta—. O quedarte aquí, pero no te lo recomiendo.

—Fíjate que prefiero entrar, aunque algo me dice que será peor.

—Bueno, las dos opciones son malas.

Pongo los ojos en blanco y estoy a punto de responder, pero el sonido de algo cayendo al suelo me sobresalta y suelto un grito; algo de metal, para ser exactos, porque suena escandalosamente fuerte.

—Rae —un cuerpo se pega al mío: James ha cerrado la puerta y ahora no veo nada—, déjate de gilipolleces y enciende la luz.

No escuchamos respuesta de ese tal Rae y mi cerebro solo se centra en la calidez que James desprende. Intento alejarme, pero lo nota y rodea con sus dedos mi antebrazo para volver a pegarme a él.

—El muy cabrón coloca trampas en la puerta para que nadie que no sea yo entre —me explica en voz baja—. Esta vez está pasándose de la raya. Cree que es gracioso.

Frunzo el ceño.

—¿No he estado ya aquí?

—Sí. —Escucho sus pasos y se coloca a mi lado—. No sabes lo difícil que fue cruzar las trampas contigo cayéndote cada dos por tres.

Suelto un gruñido.

—No sé quién eres, Rae —digo al aire, porque no veo nada—, pero enciende la luz y desactiva las trampas, o...

—¿O qué? —me interrumpe una voz rasposa que desconozco. Justo como pensaba: los tíos son incapaces de quedarse callados ante una amenaza—. Te la has buscado de las duras, James.

De repente, la luz de la sala se enciende y tengo que parpadear para acostumbrarme. Frente a mí hay un chico de mi edad, o incluso algo más mayor, que reconozco como Rae. Tiene la piel oscura y el pelo afro. Sus ojos parecen dos pozos sin fin, tan negros como la oscuridad en la que estábamos antes. Es un poco más bajo que James y tiene un cuerpo más ancho. Se acomoda las gafas de pasta negra sobre su nariz respingona, mirándome sonriente. Su postura me resulta tan amenazante que doy un paso hacia atrás.

James pasa por mi lado para acercarse a su amigo y darle la mano, para luego juntar los hombros y darse un par de palmadas en la espalda. Los observo alejada; no siento que encaje nada aquí. Sin embargo, Rae no aparta su mirada de mí en ningún momento.

—¿Vas a presentarnos? —le pregunta a su amigo—. Porque tiene carácter, pero está buenísima.

James pone los ojos en blanco.

—Ashley, él es Rae. Trabaja en el *pub* todas las noches y el dueño lo deja vivir aquí, aunque le quita algo de dinero por el alquiler. —Rae chasquea la lengua al escucharlo. Frunzo suavemente el ceño cuando habla de mí conmigo presente—. Y tú no seas gilipollas. —Le da un golpecito en el hombro—. Es la chica que vino ayer. Hoy está algo más sobria y te dará un puñetazo si te pasas de listillo.

—¿La que te vomitó en la camisa? —Suelta una carcajada, ignorando la advertencia—. ¿Ahora eres su niño o qué?

Parece que habla creyendo que no estoy escuchándolo, así que me veo obligada a intervenir en la conversación:

—Según James, me dejé aquí el móvil —le explico con rapidez para poder largarme lo antes posible—. Me gustaría recuperarlo, si no es mucha molestia.

Rae me observa con interés.

—¿Qué me dais a cambio?

Perfecto, más tratos de mierda. No gano para disgustos.

James se gira para mirar a su amigo con seriedad. Algo me dice que él ya sabe de qué va todo esto, y el hecho de que esté acostumbrado me inquieta. ¿Cuántas chicas se habrán pasado por aquí?

—¿Cuánto pides? —le pregunta.

—Cincuenta —le responde Rae.

—Cuarenta.

—Cuarenta y ocho.

—Cuarenta y cuatro.

—Por tu culo mi aparato. —Rae le da un puñetazo entre risas. Es el único que lo hace, porque James no se lo devuelve—. Está bien, cuarenta y cuatro.

Frunzo el ceño, mirándolos. ¿Qué demonios?

—¿De qué habláis? —pregunto. James saca del bolsillo trasero de su vaquero su cartera, quejándose entre murmullos. Imagino que

hablan de dinero cuando empieza a coger los únicos billetes que quedan—. ¿Qué haces, James? —inquiero, y me acerco a él—. No tienes que pagar nada.

—Sin dinero, no hay móvil —responde Rae de forma desinteresada—. Así funcionan las cosas aquí, bonita.

—¿No sois amigos? —Lo miro atónita.

—Claro que lo somos —sigue diciendo—, pero el dinero es dinero. Y a mí precisamente no me sobra.

Vaya amistad.

Me giro hacia James de nuevo y pongo mi mano sobre la suya para evitar que le dé el dinero. Está tan serio que temo que de una vez por todas vaya a mandarme a la mierda. Cosa que sin duda merecería.

—Yo lo pagaré —le aseguro—. Es mi móvil.

—Fui yo quien lo dejó aquí, Ashley. —Guarda la compostura mejor de lo que creía—. Yo sí sé lidiar con las consecuencias.

Quiera o no, eso me sienta como una patada en el estómago. Lo ha dicho con doble sentido y ahora me siento más culpable aún. He de admitir que razón no le falta, y está pagando por algo que él ha causado, cosa que yo me niego a hacer.

Dejo mi mano caer y veo cómo Rae acepta el dinero risueño y le da las gracias al que, presuntamente, es su amigo. Se saca el móvil del bolsillo y me lo entrega. Enciende la pantalla con prisa y me alivia ver que aún tiene batería.

Antes de que pueda darle las gracias a James, Rae lo abraza por los hombros, dispuesto a llevárselo.

—Ven, James —le dice—, te enseñaré el nuevo juego de zombis. Es una puta locura.

En un abrir y cerrar de ojos y con una última mirada de James, Rae lo esconde en la que creo que es su habitación. Tengo un nudo en el estómago porque me siento como una maldita mierda por no asumir las cosas como él, pero también soy yo la que sale malparada.

Aprovecho para salir de aquí y subir las escaleras para que pueda darme el aire fresco. Enciendo el móvil, que está repleto de mensajes y de fotos donde me etiquetan, y lo que más me sorprende son las seis llamadas perdidas de Andrés. Son de anoche, e imagino que querría preguntarme si había llegado bien a casa, pero como lo conozco y sé que aún está dormido, prefiero llamarlo más tarde.

Entro en las publicaciones de Instagram y Twitter para leer todas las tonterías que pone la gente. Y ya no es solo la foto lo que veo, sino un vídeo donde James se aleja de mí y, sorprendido por la situación, me saca de la fiesta.

No me acuerdo de nada.

En el hilo que han abierto en Twitter sobre ese mismo vídeo, una cuenta anónima empieza a sacar teorías falsas y algunas locuras que me da vergüenza leer. ¿Cómo pueden culpar de abuso a alguien que solo se ha llevado de la fiesta a la chica que acaba de besarlo? Ponen de excusa mi borrachera, y suponen que me sube a su coche para algo más que llevarme a casa a descansar.

Tengo ganas de responder que todo lo que han puesto son puñeteras locuras, pero decido no entrar en el juego. Me limito a denunciar la cuenta, porque es lo mínimo que merece. Ahora entiendo por qué James parecía tan desesperado hace una hora. No es la primera vez que lo hacen, pero sí la primera en la que yo estoy metida.

Es amigo de Craig desde que lo conozco, y nunca me han hablado de él, de lo que ocurre o de la razón por la que tiene tan mala reputación en la universidad. Me gustaría saber por qué no ha denunciado estos comentarios ya, y estoy dispuesta a entrar de nuevo para buscarlo, pero el móvil empieza a vibrarme en la mano. Frunzo el ceño al ver que se trata de Andrés. Lo descuelgo con el corazón a mil y lo pego a mi oreja.

—Ash, menos mal que me has respondido. —Su voz suena cansada y casi desesperada. Arrastra las palabras y me temo lo peor—.

Llevo desde anoche intentando hablar contigo, y no sé si es porque estás ocupada con James o porque no quieres hablar conmigo.

El corazón me bombea con fuerza.

—¿Estás borracho, Andrés?

—Sigo de fiesta con Eve —responde con dificultad—. Pero ese no es el caso. ¿Dónde estás?

—Estoy en el apartamento con Iris —miento. No creo que sea buena idea decirle con quién estoy realmente—. ¿Necesitas que vaya a recogerte? Puedo decírselo a Craig...

Me interrumpe con brusquedad:

—¿Has dormido con ese hijo de puta? Dime que no, porque me lo cargo —espete, refiriéndose a James.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza, sorprendida por su reacción—. ¿Qué te pasa, Andrés?

Se escuchan risas de fondo y cómo él se queja y se aleja. Ni siquiera oigo música.

—¿Sabes lo que dicen de él? —Hipa y sigue hablando—: No te conviene acercarte. Te obligará a cosas que no imaginas... Y te tratará como una mierda.

Me ahorro decirle que después de haber vomitado en su camisa y estar, en cierta parte, atado a mí por culpa de Iris y Craig, me ha hecho el desayuno y preparado una aspirina para el dolor de cabeza. Y a eso hay que sumarle que ha pagado por tener de vuelta mi móvil, algo que debería haber hecho yo después de todo porque era la que no iba consciente.

No tengo ni idea de qué significa *tratar como una mierda* en su diccionario, pero en el mío no es precisamente la actitud que ha tenido James conmigo.

—¿Por qué mejor no te centras en tu relación con Evelyn y te vas a casa a descansar, Andrés? —Intento sonar tranquila, pero las manos me tiemblan y el corazón va a salirse del pecho.

—Cuando... —Se detiene en seco y después de unos segundos continúa—: Cuando dejes de estar con ese malnacido, dejaré de estar detrás de ti. Has cambiado mucho, Ashley.

—Mejor no sigas hablando —murmuro. Puedo imaginar por dónde va esto—. Avisa a Evelyn e idos a casa. No es normal que sigáis bebiendo.

Andrés me ignora.

—No es normal que tú te hayas follado al peor chico de la facultad a pesar de que intenté protegerte de él —gruñe enfadado—. ¿A quién vas a tirarte ahora, Ash? ¿A mi mejor amigo? ¿A Craig? Déjame decirte que ese imbécil está muy enamorado de Iris, así que ni lo intentes.

Me muerdo las mejillas por dentro y me obligo a mantener las lágrimas en los ojos. Cuando está borracho suelta muchas tonteterías, pero está machacándome. Trago saliva. No quiero que sepa lo que ha causado en mí.

—Voy a colgar, Andrés —lo advierto.

—Tan cobarde como siempre, Evans. —Suspira—. Chao, chao. —Se me adelanta y cuelga.

Tardo unos segundos de más en reaccionar y alejar el móvil de mi oreja para apagarlo. Parpadeo con la esperanza de borrar las lágrimas, pero algunas terminan cayendo.

No entiendo la necesidad de llamarme solo para decirme algo que *no* ha hecho, porque no me ha protegido de nada. Se ha limitado, desde hace seis malditos meses, a ignorarme porque Evelyn le dijo que sentía celos al verme con él y me ha apartado desde entonces; todo lo contrario del chico que supuestamente iba a hacerme daño, quien se ha preocupado por mí en una noche de borrachera cuando ni siquiera era su papel. Me gustaría saber qué habría hecho el Andrés de ahora en su lugar, porque, por mucho que me cueste admitirlo, sé que no se habría molestado en ayudarme.

Me apresuro a limpiarme las lágrimas en cuanto escucho pasos aproximarse a mi espalda. Confirmo que es James cuando me rodea y se pone frente a mí.

—¿Nos vamos o qué? —me pregunta—. Como Rae me retenga para volver a enseñarme toda su colección de videojuegos, te echaré la culpa a ti.

Vuelvo a tragar saliva. El nudo sigue en mi garganta porque estoy aguantando las ganas de llorar, aunque reúno el valor para hablar:

—Vámonos.

Caminamos de vuelta hacia su coche. En mi cabeza solo aparece la conversación que acabo de mantener con Andrés y el odio que tengo hacia este sentimiento. Ejerce un poder sobre mí que no soporto, y por eso me obligo a olvidarlo cada día. Quiero demostrarle que puedo estar sin él, aunque no sea verdad. Que tengo el valor suficiente y el orgullo de decir que, a pesar de que se haya alejado, a mí no me ha dolido en absoluto, aunque sea mentira. Me encantaría que cerrase la boca para que así yo pudiera hablar y decirle que ha sido él quien ha cambiado.

Pero ¿a quién quiero engañar? No tengo el valor suficiente para mentir de una forma tan descarada. Y menos aún para enfrentarme a él con el miedo de perderlo.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta James minutos después de haber arrancado el coche—. Estás pálida.

—No, nada.

—¿Rae le ha hecho algo a tu móvil? —insiste.

—No —me limito a responder.

—Vale. —Asiente sin estar convencido—. Te llevaré a casa.

—Gracias.

Empiezo a darle vueltas a la cabeza y creer que el plan que James me ha ofrecido esta mañana quizá no sea una locura. Sobre todo, después de lo que ha hecho por mí y lo que está pasándole por mi culpa. A mí me tratan de víctima, cuando eso no es lo que ha

ocurrido, sino todo lo contrario. Yo no merezco meterme en todo su lío con los rumores, pero él tampoco necesita que una niñata borracha empeore su vida.

—He leído el hilo de Twitter —comento—. ¿Cómo eres capaz de aguantar eso? No es justo que te tachen de algo que no eres.

Me mira de reajo. Se encoge de hombros y sacude la cabeza como si no tuviera importancia.

—Estoy acostumbrado.

—¿Por qué no lo has denunciado? Eso podría ir a juicio.

—¿Sabes lo que cuesta encontrar un buen abogado y el tiempo que perdería? —Habla tranquilo, pero noto cierto deje de incomodidad—. No me conviene entrar en juicio porque saldría perdiendo.

—Quizá no —me apresuro a decirle.

—Gracias, Ashley. —Gira la cabeza hacia mí cuando frena en un semáforo—. Pero esa solución no me sirve de nada.

Me encojo en mi asiento y miro al frente.

¿Y si ese plan, además de perjudicarme, me ayudara?

Mis labios se mueven casi inconscientemente, pero a la vez sé a la perfección dónde estoy metiéndome.

—Lo haré —murmuro—. Hagamos un trato.

James parpadea pasmado.

—¿Qué?

—Que lo haré —repito—. Lo que me has preguntado esta mañana.

—¿Fingir que estamos saliendo? —aclara, pese a saber que se trata de eso—. ¿Y ese cambio de opinión tan brusco?

No pienso decirle que mi parte del plan será esperar que Andrés vea que su *protección* no ha servido de nada porque no necesito que nadie lo haga. Quizá le falte darse cuenta de que no siempre voy a estar para él cuando le dé la gana, y demostrarlo de esta manera es la única que se me ocurre, y a la vez también estaré ayudando a James.

O al menos eso espero.

—Eso da igual —le resto importancia—. ¿Quieres que lo hagamos o no?

—¿Estás segura? —Su semblante cambia a uno que parece preocupado—. Tampoco quiero que te sientas obligada. Lo de antes era una broma, no iba a vender tu móvil ni nada por el estilo.

—Oficialmente, estamos saliendo —concluyo.

James no se lo espera, pero no pone ninguna objeción al respecto. Me alegra que así sea, porque si abre la boca para decir alguna de sus tonterías, me arrepentiré al máximo, y ya no hay marcha atrás.

—¿Me dirás algún día por qué has aceptado? —me pregunta un tiempo después—. Me gustaría que *mi novia* confiara en mí.

Le dedico una sonrisa sarcástica.

—No te tomes ese título tan a la ligera. De puertas para dentro, seguiré odiándote por haber perdido mi móvil en un *pub* de mala fama.

—Lo hemos encontrado, ¿no?

—¿A qué precio? —Suspiro.

—Cuarenta y cuatro libras.

—Qué gracioso —ironizo.

James se limita a sonreír de lado y nos quedamos en silencio el resto del camino. No es incómodo ir con él, pero necesito salir de este coche, hundirme en mi cama y pensar detenidamente en todo lo que ha acontecido en una mañana.

Frena el coche frente a la puerta de mi edificio y se gira hacia mí apoyando una mano en la palanca de cambios.

—¿Tienes clase esta tarde? —se interesa.

—Sí, ¿por qué?

—Pasaré a recogerte.

—No es necesario, podemos vernos mañana.

—Nos vemos luego, Ashley —adjudica.

En cuanto cierro la puerta, arranca.

Miro el coche negro alejarse y me paso una mano por el pelo. Vale..., ¿en qué lío me he metido?

JAMES

He tenido que mandarle un mensaje a Craig y preguntarle a qué hora sale Ashley de su clase de Pintura. No ha sido la mejor idea, porque ha decidido hacerme un interrogatorio para saber qué ha ocurrido con ella y qué se ha perdido. Como no tengo ni idea de hasta dónde le ha contado, apago el móvil para evitar responder.

En cuanto salga de clase, le preguntaré si quiere que Craig e Iris sepan que todo es una pantomima o prefiere ahorrarse problemas y no decir absolutamente nada. Puede que al admitirle a alguien más que solo es un trato, corramos el riesgo de que otras personas que no sean ellos se enteren y salga a la luz.

Si eso ocurre, los dos estaremos perdidos.

Sin embargo, lo más extraño es que no quiera contarme qué gana ella con esto. Puede que le haya dado lástima mi situación cuando ha encendido el móvil y ha visto todo el odio que se genera contra mí. Pero la vi bastante decidida a dejarme tirado antes de ir a recoger el teléfono.

Entro en la universidad y camino con falsa seguridad por el pasillo lleno de estudiantes. Si no demuestro que no podrán conmigo, terminarán por destruirme con facilidad. No paso por alto la mirada de rencor y odio que me dirigen; algo que he ido ganándome con el tiempo. Los ignoro, ya que no creo que merezca la pena perder el tiempo con ellos. No admitiré en voz alta lo cansado que estoy de escuchar puras mentiras sobre mí, pero soy uno contra cientos, y tal y como dijo Ashley, no podemos cambiarle la mente a los demás.

Llego a la clase de Pintura, que debería haber terminado ya. La mayoría de los estudiantes están saliendo mientras charlan de cosas triviales que no me interesa escuchar. Por desgracia, cuando se percatan de mi presencia, no puedo evitar oír mi nombre salir de sus bocas.

Vuelvo a ignorarlos.

Me acerco a la puerta una vez que todos han salido. No la he visto, así que supongo que aún sigue dentro. Apoyo un hombro en el marco de la puerta, de brazos cruzados, mirando a la chica risueña que habla con la profesora de Pintura. Sostiene entre sus brazos una caja transparente llena de acuarelas y pinceles de un centenar de colores diferentes. Lo que más llama la atención, sin duda, es la sonrisa que se dibuja en sus labios. Parece una niña pequeña hablándole sobre sus sueños a su madre. Su alegría tiene algo que te atrapa y te obliga a seguir mirándola. No es hasta que ella me ve cuando su expresión cambia a una mucho más seria.

Esa es la impresión que causo en los demás.

Se despide de su profesora y se acerca a mí. Le echo un vistazo mientras camina. Se ha cambiado de ropa y, ahora, en lugar de llevar los vaqueros y la sudadera de esta mañana, va ataviada con un vestido floral lila y blanco holgado y unas medias de color carne. Las botas de cuero marrón le llegan por las rodillas, y su pelo dorado está recogido en un moño despeinado que, en cuanto se gira para coger su abrigo, me doy cuenta de que lo tiene sujetado con un lápiz.

—No tenías que venir a recogerme —murmura.

Sus ojos verdes se clavan en los míos. Son especialmente grandes, con largas y espesas pestañas que no parecen reales. Las pequeñas pecas de su nariz se unen cuando la arruga buscando algo en su bolso.

—¿Por qué no vendría a recoger a *mi novia*? —inquiero burlón, con la esperanza de ponerla de los nervios—. Vamos, ponte el abrigo. No he traído el coche y hace frío.

Sujeto la caja mientras ella se abriga. Es mucho más baja que yo, y verla desde tan cerca la hace tan pequeña que, si no la conociera, temería que algo le pasara. Es de esas chicas que al principio parecen muy inocentes pero a la primera palabra que te suelta ya te deja por los suelos.

Es por eso por lo que me resulta interesante; el tipo de interés de querer conocerla, a pesar de que lo último que quiere ella es verme.

—Vaya, Ash. —Un grupo de chicos se acerca a nosotros. Estaba tan ensimismado mirándola que no me doy cuenta. Me muerdo el labio inferior por dentro—. No sabía que te gustaban los imbéciles.

Miro a Ashley, deseando en silencio que no entre en su juego porque será mucho peor. Sus ojos me observan unos segundos, como pidiéndome permiso para hablar. Después, aunque espero por un momento que me haga caso, va hacia el cabecilla del grupo con una mueca llena de repugnancia que no he visto en ella ni siquiera cuando me mira.

—Si así fuera, me fijaría en ti, ¿no crees? —ataca.

Tengo ganas de sonreír, pero me contengo. Llevo una mano hacia el brazo de Ashley y hago un gesto con la cabeza para indicarle que será mejor que nos vayamos. Si abro la boca, podrán usar cualquier palabra en mi contra.

—Vamos, di la verdad —sigue hablando el chico al cual no conozco—. Si quieres denunciarlo, te ayudaremos.

Y vuelta a lo mismo.

—¿Por qué querría denunciar a mi novio? —responde malhumorada—. En todo caso, lo haré contra ti si no nos dejas en paz.

Escuchar esas dos palabras de su boca por primera vez me provoca un cosquilleo suave en la mano con la que sujeto su brazo.

—¿Novio? —se burla—. Es verdad que a las tías os gustan los cabrones que os rompen el corazón.

Ya me he cansado de esta mierda. Me giro hacia el chico. Detrás de él tiene a otros dos amigos, aunque saben que por su bien será mejor no meterse. Ashley sabe defenderse sola, pero no quiero que empiece una discusión por algo que no merece la pena.

—Será mejor que nos vayamos —musito mirándola—. No me apetece seguir discutiendo con gilipollas.

Él se muerde el labio aguantando las ganas de responderme y no se lo piensa dos veces antes de irse murmurando insultos.

Ashley se ha dado cuenta de que lo último que quiero es que sigan usando cualquier mínima cosa en mi contra. Tampoco me gustaría seguir dándole cuerda al asunto porque ella está metida en el saco y van a atacarla también. Aunque admito que se lo buscó sola al besarme en aquella fiesta, no voy a dejar que la machaquen como a mí. Está ayudándome, y lo único que consigue a cambio es que unos desgraciados se burlen. Son este tipo de personas las que crean una sociedad cruel y vengativa, quienes no escuchan la historia de los demás y se limitan a mirarse a sí mismas por encima de todos.

Noto un tacto cálido en mi brazo, sobre la tela de la sudadera. Sus dedos se pasean por mi brazo hasta entrelazarlos con los míos con cuidado, sin apartar su mirada de mí. Me ha cogido la mano con tiento, temiendo que sea capaz de apartarla.

No lo hago.

—Tenemos que fingir —se excusa. Su mirada parece disculparse por lo que ha sucedido.

—Sí.

Pero lo que no puedo fingir es el extraño cosquilleo en la mano que ella misma sujeta.

CAPÍTULO 3

SABOR A COCO

JAMES

Le doy a «Entregar» una vez que he subido el archivo del manuscrito.

«¿Qué le dirías a alguien que ya no está?».

El profesor Jones planteó esa pregunta hace unos días y nos mandó hacer una carta a esa persona que ya no está con nosotros. Como siempre, he esperado hasta el último minuto para enviarlo, con la esperanza de no decepcionarlo como la última vez.

Al principio, pensé que no era complicado escribir sobre el sentimiento de *echar de menos*, pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que el profesor quizá no estaba refiriéndose a ese tipo de dolor. Me he guiado más por algo diferente: la soledad; el miedo de verse solo mientras ese alguien que una vez lo fue todo para ti desaparece, escapándose entre tus dedos. Dedicarle la carta al que una vez consideré mi padre es liberador pero muy jodido, porque en el fondo empiezo a darle tantas vueltas que pensar que nunca he sido suficiente es lo mínimo que se me pasa por la cabeza.

Me apoyo en el respaldo del asiento de mi coche mirando la hora en la pantalla del móvil. Debería ir entrando si no quiero que

Dafne empieza a reprocharme nada e ir preparando el bar para abrir en media hora.

Quito las llaves del motor y el aire gélido me golpea el rostro al salir del coche. Me he dejado el abrigo dentro porque en el Dafne's Food hace tanto calor que empieza a dolerme la cabeza si voy demasiado abrigado.

He trabajado aquí desde que tenía diecisiete años. Dafne, la dueña, me contrató porque le dio lástima ver a alguien tan joven desesperado por encontrar trabajo. He de admitir que fue la primera vez que dejé mi dignidad por el suelo solo porque de verdad necesitaba el dinero. Es uno de los mejores lugares de comida rápida de la ciudad. Esto se llena de adolescentes y familias que no quieren gastar mucho. Es mi peor pesadilla, porque me llenan la cabeza de insultos, pedidos de menús burlones y alguna que otra zancadilla que casi me hacen tirar todo lo que llevo en la bandeja.

Al final, es el castigo por un error del pasado.

El letrero de luces naranjas neón se enciende y se me escapa una sonrisa al adivinar que Dafne ya está dentro. Rodeo el bar y empujo la puerta de empleados para entrar. Le he dicho mil veces que la cierre con llave y que la avisaré cuando esté aquí, porque cualquier día algún imbécil entrará únicamente para reírse un rato con sus amigos y ella se llevará el susto de su vida.

Entro en el pasillo iluminado donde hay un par de taquillas rojas y la veo guardando su bolso en una de ellas. Doy un golpe en mi taquilla para asustarla, y lo consigo, porque se sobresalta y chilla una retahíla de insultos que solo me hacen reír.

—¡Serás imbécil! —Me mira alarmada—. ¡Si me da un infarto, será culpa tuya!

Cierra su taquilla de un portazo y me da una colleja. Se ríe al verme y le dedico una sonrisa.

Mi jefa es una treintañera que se ha tirado toda su vida haciendo hamburguesas y patatas fritas para jóvenes con las hormonas

revolucionadas. Tiene un aspecto característico de una modelo, con su pelo lacio y rojo y esa mirada celeste que llama la atención de todos los hombres solteros que cruzan la puerta. Más de uno ya me ha pedido su número un par de veces, y aunque yo estaba dispuesto a dárselo, ella me dejó claro más de una vez que ni se me ocurriera hacerlo.

Uno solo quiere ayudar y lo mandan a la mierda.

Su mirada me escudriña de pies a cabeza.

—¿Qué te pasa? —me pregunta preocupada—. Estás hecho mierda.

—Vaya, gracias —ironizo—. Cada día más simpática.

Chasquea la lengua.

Abro mi taquilla y saco mi camisa naranja con el logo del bar en el lado izquierdo del pecho.

—No duermo bien —me veo obligado a responder por cómo está mirándome.

—¿Es por tu madre?

La pregunta me sienta fatal. Es una de las únicas personas que conoce mi situación con mi madre. Llevaba horas sin pensar en ello, y en parte tengo que agradecerle a Ashley por tenerme entretenido estos días, aunque no haya sido de la mejor manera.

—¿No está mejorando? —insiste con suavidad. Sabe lo delicado que es este tema—. Puedo ayudarte con el tratamiento.

—No, Dafne —respondo cortante, aunque no es mi intención—. No está mejorando, pero no necesito ayuda. Por ahora voy bien de dinero.

Se muerde el labio, pensativa, y se sienta en el banco en medio del pasillo. Me quito la sudadera, dejándome la camiseta blanca de manga larga debajo de la camisa.

—¿La quimio no avanza?

Cojo una bocanada de aire con dificultad por el nudo en mi garganta. No me gusta hablar de mi madre.

—No.

—Lo siento, James.

Sacudo la cabeza, restándole importancia. No quiero seguir hablando de esto. Quedan quince minutos para que abramos las puertas y me gustaría tener la cabeza despejada. Abrocho los botones de mi camisa y me siento junto a Dafne.

—Estoy bien, de verdad —intento convencerla, forzando una sonrisa—. Si necesito ayuda, serás la primera en saberlo.

Vacila, pero acaba asintiendo.

—Ahora, a trabajar. —Se pone de pie de golpe, con una sonrisa forzada también—. Este local no se levanta solo.

Mientras la veo desaparecer por la puerta, suelto una leve risa. La detengo en seco una vez que me quedo solo. No quiero que nadie se preocupe por mí solo porque le dé lástima mi situación. No necesito nada, yo puedo, como siempre desde hace tres años.

Siempre me he caído y levantado por mi cuenta.

Suelto un suspiro y paso una mano por mi pelo, frustrado. No he comido nada en todo el día y eso me ha dejado hecho mierda. Me pesan las articulaciones, pero espero durar las horas que me quedan aquí. Tengo turno de noche y me toca cerrar, así que será mejor que espabile.

Salgo de la zona de empleados y escucho que Dafne me llama:

—¡James, ha venido alguien a verte! —exclama desde la otra punta del bar—. ¡Dice que es tu amigo!

Frunzo el ceño.

Los únicos que me vienen a la cabeza son Craig y Rae, aunque a veces el segundo se pase de gilipollas. Camino hacia la entrada, y una vez que veo de quién se trata, me doy la vuelta dispuesto a marcharme.

—Harries —me llama por mi apellido, pero lo ignoro—. Quiero hablar contigo.

Me acerco a la barra y cojo un trapo mojado que Dafne ha dejado ahí. Paso de él como si no existiera para mí. Si decido ser amable y suelta una de las tantas tonterías que salen de su boca, me veré en la obligación de echarlo a base de empujones.

Y no quiero jugármela.

Se ha acercado a mí y tengo que rodearlo para ir a las mesas y bajar las sillas al suelo.

—Estoy aquí por Ash.

Freno cuando la menciona. ¿De qué conoce a Ashley?

Me giro hacia él, colgándome el trapo en el hombro, interesado de repente en la conversación.

—¿Qué pasa con ella? —inquiero.

Andrés abre la boca y se pasa la lengua por los dientes. Parece agobiado y no le salen las palabras. Se pasa una mano por su flequillo rubio engominado antes de hablar:

—Quiero que te alejes de ella.

Lo miro sin parpadear y no me sale otra cosa que soltar una risa irónica.

—¿Estás de coña? —Enarco una ceja. Se cruza de brazos, enfadado por mi reacción—. No me jodas. ¿Quién te crees que eres para venir aquí a exigirme algo? Esto no es una película, Andrés.

Vuelvo a darle la espalda y limpio la mesa. Me rodea y se pone frente a mí. Está muy enfadado, y lo peor es que ni siquiera sé cuál es la razón. Es más alto que yo, quizá media cabeza, y se nota a leguas que entrena su físico todos los días, por lo que, si se le va la pinza, saldría perdiendo yo.

—Estoy hablando en serio, Harries —espeta—. No quiero ver que te acercas o que la miras siquiera.

Decido tomarme esta conversación a broma porque me parece surrealista. No tengo ni idea de si son amigos, conocidos o incluso primos, pero no será él quien elija por ella.

—Sabes que todo esto del tipo sobreprotector no te queda bien, ¿verdad? —respondo burlón—. Ashley sabe tomar decisiones por sí misma, no tienes por qué defenderla.

—Soy su mejor amigo, así que sí tengo que hacerlo.

¿Que Andrés es amigo de Ashley? ¿Cómo es que alguien a quien considero inteligente como Ashley decide juntarse con este imbécil?

—Mira, Andrés —exhalo un suspiro—, no tengo tiempo para tus jueguecitos de mierda. Si quieres que se aleje de mí, díselo claro. Tal vez te escuche o quizá te mande a la mierda. Aunque me inclino más hacia lo segundo.

Estoy dispuesto a rodearlo de nuevo para dejar la conversación de una vez por todas, pero me agarra del brazo con fuerza y mira al frente con la mandíbula apretada.

—Si la tocas, te daré una paliza —me advierte en un susurro—. Quedas avisado, Harries.

Me suelta con brusquedad y desaparece por la puerta del bar. Pongo los ojos en blanco y suelto una bocanada de aire. No me dan miedo los tíos como él. Hablan demasiado, para luego no hacer una mierda de lo que dicen, pero que me amenace para alejarme de Ashley me parece una puta locura.

No conozco su relación con ella y tampoco la conozco a ella, pero me da la sensación de que no se dejaría manejar por nadie. Y mucho menos por un tío que dice ser su mejor amigo.

—¿Quién era? —me pregunta Dafne.

—Nadie importante.

—Bueno —asiente dudosa—, es la hora. Termina de preparar las mesas.

Le sonrío levemente y sigo limpiando las mesas apresurado.

A la media hora, empieza a entrar mucha más gente de la que creía. Pensé que sería un día tranquilo, pero ahora tengo que trabajar el doble mientras todo el cuerpo me tiembla por la falta de alimento y mi escaso descanso.

He perdido la cuenta de las horas que llevo tomando pedidos y llevándolos a las mesas, y estoy reventado. Anoche, al hacerle y darle la comida a mi madre, no me dio tiempo a prepararme algo para mí. La madrugada ha sido complicada para los dos: la medicina no ha hecho efecto y he estado con ella leyendo hasta que se ha quedado dormida casi a las seis de la mañana.

Las campanas de la puerta vuelven a sonar cuando alguien más entra. Gruño en voz baja en la barra, dejando los vasos y los platos sucios sobre esta. ¿Es que no va a dejar de entrar gente? Sin embargo, veo a alguien que conozco muy bien y que me hace sentir aliviado.

—James, tío —me saluda Craig, y se acerca para abrazarme.

Le correspondo el abrazo con ganas. No lo veo desde hace un par de días, cuando se marchó con Iris, y necesitaba algo que me alegrara aunque fuera un poco.

Miro a Dafne y ella asiente con la cabeza, sabiendo que lo necesito. Manda a Trevor salir de la barra, donde se coloca ella y entrega pedidos por mí mientras descanso al menos cinco minutos.

Vuelvo a mirar a mi mejor amigo y detrás de él aparecen dos chicas, pero yo solo me fijo en una.

Iris me saluda exultante y se inclina para darme dos besos, animada. Ashley parece totalmente sorprendida al verme aquí. Probablemente no sabía que trabajo en este bar y a Iris y a Craig se les ha pasado decírselo. Las comisuras de mis labios se elevan suavemente, sin embargo, no soy correspondido. Se limita a levantar la mano para saludar.

Me fijo en el nuevo vestido que se ha puesto. Es increíble cómo todos los colores parecen hechos especialmente para ella, porque le sienta de maravilla.

—¡Oh, vamos! —exclama Craig entusiasmado—. ¡No seáis tímidos!

Mi mejor amigo se aproxima a Ashley y le da un suave empujón para que se acerque a mí. Iris lo regaña entre risas y ella hace

una mueca. Estoy seguro de que está reprimiendo un gruñido. Bufo divertido.

—¿Qué tal si mejor nos sentamos? —Es lo único que dice ella.

Craig e Iris asienten y van a coger mesa, mientras que Ashley mira de reojo a los demás, supongo que para comprobar que no nos observa mucha gente.

—No sabía que trabajabas aquí. Si no, no habría venido —murmura.

Arrugo el ceño.

—¿Qué tiene de malo que estés aquí?

—¿No es evidente? —inquire—. Te molestarán aquí también. Me inclino hacia ella.

—Lo hacían desde antes, Ashley —le aclaro en voz baja. Huele a vainilla—. Y nos viene bien si queremos que crean que estamos juntos.

—Sí, pero no hay que exagerarlo.

—¿A qué te refieres? —Aguanto la risa.

Frunce los labios en una mueca que me resulta adorable y respira hondo.

—Que nos tomes nota de una vez.

Se gira hacia Iris y Craig y se sienta con ellos enfurruñada. No puedo esconder la sonrisa que se dibuja en mis labios. Sin duda, lo más divertido de todo esto es poner de los nervios a Ashley.

Me acerco a ellos sacando mi pequeño cuaderno para apuntar la comanda. Dafne siempre ha odiado las tecnologías, así que nos obliga a trabajar con lápiz y papel. Estoy seguro de que algún día la convenceremos para modernizar este lugar.

—¿Qué os pongo? —les pregunto.

—Uno del número seis —responde Craig. Mira a Iris y ella asiente—. Mejor dos.

—¿Con qué bebida?

—Un refresco cualquiera. Ya sabes qué es lo que me gusta.

Asiento y me giro hacia Ashley.

—¿Y tú? —Su mirada está perdida en la mesa que hay en una de las esquinas del bar. Reconoce a los chicos que hace unas horas han decidido jodernos una parte de la tarde—. No les hagas caso, Ashley —murmuro—. No merece la pena.

Ella aparta los ojos de los imbéciles y se fija en mí.

—Otro número seis.

Apuntándolo, asiento. Me alejo un par de pasos, pero se levanta. Una mano se enrolla en mi muñeca; una cálida y con dedos muy suaves. La miro, y por alguna extraña razón, aunque no aprieta con fuerza, impide que me vaya.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja mientras compruebo de reojo que Craig e Iris están distraídos.

—Están grabando —me susurra.

Quiero responderle que no importa, porque no siempre tenemos que actuar como una pareja enamorada, ya que sería muy poco realista. Sin embargo, no puedo decir nada porque sus labios sellan los míos en un movimiento imprevisible.

Sus manos cogen el cuello de mi camisa y tiran hacia abajo para poder alcanzar mi boca mientras se pone de puntillas. Apoyo la mano en el respaldo de su silla y la otra, por instinto, la dirijo a su cintura y la atraigo hacia mí. Al principio es solo un roce de labios, pero tomo la iniciativa de profundizarlo un poco más al abrir suavemente la boca. Sus labios saben a coco, y por alguna razón eso lo hace aún más irresistible. Sus manos se alejan de mi camisa para viajar hacia mi nuca y el simple tacto de sus yemas en mi piel me hace estremecer.

Me recuerda al beso de la otra noche.

Ashley es la primera en dar el paso y apartarse unos centímetros. Soltando un suspiro, abre los ojos. No sé qué pasa por su cabeza ahora, pero tardamos unos segundos más en alejarnos.

Carraspea algo incómoda por la situación y salgo de mi burbuja. Adivino por qué está tan avergonzada cuando escucho los vítores y gritos que suenan por todo el bar.

No me lo puedo creer.

Aparto la mirada de ella.

—¿Lo mismo que ellos, entonces? —me aseguro.

Ella frunce el entrecejo levemente.

—Sí, sí.

Los labios me cosquillean mientras camino hacia la barra de la cocina y dejo la comanda para que Robert empiece a hacer las hamburguesas. No tengo ni idea de qué demonios ha sido eso, pero me he olvidado del grupo de tíos que está grabándonos y me he sentido en calma.

—¿Qué ha pasado allí? —exige saber Rose, la trabajadora más veterana del lugar después de la dueña, acercándose a mí para coger una bandeja llena de bebidas—. Creía que no salías con nadie porque «Odio sentirme indefenso».

Tras repetir cada una de mis palabras, me encojo de hombros sin decir absolutamente nada. Ha pasado muy rápido y ni siquiera sé qué explicación darle.

Dafne es la siguiente en acercarse, pero solo me da un par de palmadas en el hombro sin pronunciar palabra alguna. Estoy seguro de que está tan sorprendida como yo. Por la mirada que me dedica, adivino que más tarde hablaremos de lo sucedido. Me conoce y siempre sabe cuándo miento, así que tendré que ser el mejor mentiroso de todos.

Me giro, a la espera de que Trevor ponga las bebidas en mi bandeja una vez que vuelve detrás de la barra, y mis ojos, inconscientemente, viajan hacia Ashley. Está en silencio mientras nuestros amigos charlan e intentan unirla a la conversación. Entreabro los labios, pero los cierro de golpe, apretándolos. Me fijo en los suyos,

que brillan levemente. Es el bálsamo labial lo que he saboreado, pero lo he sentido muy suyo.

Casi único.

Trago saliva.

Menudo beso.

—¡Ha sido increíble, como una película! —chilla Rose, sentada.

Hace media hora que hemos cerrado el bar y estamos cenando algo todos juntos. Dafne me ha obligado a comer a pesar de que tengo el estómago cerrado. En el fondo se lo agradezco, ya que debería acostarme con algo de alimento en el cuerpo.

—Rose —la regaña Trevor—, deja al pobre chaval disfrutar de su juventud.

Rose y Trevor son una pareja de casados de lo más extravagante. A veces son demasiado empalagosos y otras no los ves juntos ni un solo minuto. Son algo más mayores que Dafne, pero se cuidan tan bien que apenas se nota la diferencia. Me gusta pensar que son como el yin y el yang en todos los sentidos. Rose tiene el pelo negro, la piel pálida y los ojos tan verdes que parecen azules. Trevor, a diferencia de ella, se ha teñido el cabello corto de blanco para camuflar las canas que empiezan a crecerle y sus ojos negros parecen dos pozos sin fondo.

—¿Estás saliendo con esa chica? —me pregunta Dafne.

Estaba esperando esa pregunta desde la palmadita en la espalda. Tengo dos opciones: mentirle y sentirme como una mierda durante un rato porque, al fin y al cabo, es por una buena razón, o decirle la verdad y arriesgarme a que Ashley quiera sacarme los ojos.

Como todavía le tengo aprecio a mi vida y a mis ojos, me decanto por la primera, pese a que aún no he tenido la oportunidad de hablar con ella sobre a quién decirle la verdad y a quién no:

—Sí.

Pronunciarlo en voz alta y sin que Ashley esté a mi lado lo hace un poco más real de lo que es.

Dafne parece dudar, sin embargo no dice nada al respecto. Quizá está esperando a que Rose y Trevor se marchen para hacerme un buen interrogatorio. Tengo miedo de todo lo que vaya a preguntarme, así que una vez que he terminado de comer y me he limpiado las manos en la servilleta, me levanto.

—Voy a tirar la basura.

La pareja me ignora mientras fantasea sobre mi supuesta relación. Me daría mucha pena que se enteraran de que en realidad es todo falso, porque parecen querer montar hasta mi boda.

Dafne asiente con la cabeza, pensativa, seguramente dándole vueltas a lo que ha ocurrido. Es como mi segunda madre, y me he desahogado con ella siempre en cada problema de mi vida. Nunca he estado con una chica de manera formal desde que trabajo aquí, y me jode creer que tal vez piense que le oculto cosas, pero es lo último que haría. Solo es un tema delicado y quiero estar seguro antes de soltar cualquier comentario que haga temblar mi trato con Ashley.

Voy hacia la cocina y cojo las dos bolsas de basura llenas que Robert, el cocinero, ha dejado para mí. Hoy le tocaba a Trevor, pero como está tan ocupado pidiéndole a su mujer que me dé un respiro, no quiero ser yo quien lo arruine. Al menos, no aún. Será la última tarea de hoy.

Empujo la puerta de atrás con el pie y salgo hacia el callejón. Subo ambas bolsas con fuerza y las tiro en el gran cubo de basura que no tardarán mucho en vaciar. Es más de la medianoche, así que el camión estará al llegar.

—Menos mal. —Una voz aguda me sobresalta y me giro, con el corazón en un puño—. Por un momento, pensé que me daría algo aquí. Hace muchísimo frío.

La miro sin poder creérmelo.

—¿Qué...? —Trago saliva; no me salen las palabras—. ¿Qué coño haces aquí a estas horas, Ashley? Hemos cerrado hace más de treinta minutos.

Se acerca a mí con una gran tarrina de helado entre sus manos. Pienso en lo contradictorio que es que coma justamente helado con el frío que hace.

—He ido a comprar y te he esperado aquí —me responde tranquila—. Creo que tenemos que hablar.

Aprieto los labios. No quiero reírme de ella por lo que acaba de hacer.

—¿Por qué no has entrado? Habrías estado mucho mejor.

—Porque me daba vergüenza interrumpir después de lo que ha pasado —admite. Me enseña la tarrina que sujeta y baja la cabeza, escondiéndose en su pañuelo beis—. ¿Helado de menta y chocolate?

Niego con la cabeza.

Esta chica está realmente loca. Me llevo una mano a la frente, mordisqueándome el labio. Me pregunto cuántas sorpresas esconderá bajo la manga.

—¿También te gusta?

—No está mal. Pero dale las gracias a Craig. Si no, habría traído el de chocolate negro.

—Vamos al coche, anda. —Me acerco a ella sin molestarme en despedirme de los demás. Ya le mandaré un mensaje a Dafne. Menos mal que me he cambiado de ropa antes de sentarme a cenar—. No tendrías que haberme esperado, podríamos haber hablado mañana.

—No puedo dormir con cargo de conciencia.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—Te he besado por segunda vez. —Me mira preocupada, incluso avergonzada—. Sin tu consentimiento.

No puedo evitar reírme. Ella me mira con mala cara mientras abro el coche y ambos entramos. Enciendo la calefacción para que entre en calor mientras abre la tarrina de helado y la pone entre los dos, pasándome después una cuchara de madera.

—Hablo en serio, James. —Baja la cabeza, ruborizada y mirando el helado en su cuchara—. Lo siento, pero quería que dejaran de hablar y dudar. Estaba harta, y eso que solo llevamos un par de días con esto.

—No me ha molestado que lo hicieras —intento tranquilizarla—. Ha sido el momento quien lo ha pedido.

Logro ver un atisbo de sonrisa, pero no se permite terminar de esbozarla.

—¿Cómo puedes vivir con eso? —me pregunta. Cojo un poco de helado y la observo mientras meto la cuchara en mi boca—. Con tantos rumores y noticias de mierda sobre ti que sabes que no son ciertas.

—Uno acaba acostumbrándose.

—¿Por qué te machacas de esa manera? —insiste.

Miro al frente. Suelto una gran bocanada de aire y dejo la cuchara apoyada en mi servilleta.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

—¿Qué tiene que ver eso? —Arruga el entrecejo, confusa.

—Responde.

Se queda callada durante unos segundos que se me hacen pesados.

—Que no era una buena idea acercarme a ti —admite en voz baja—. Me dejé llevar por lo que decían.

—Lo sé.

—Supongo que... —hace una pausa y traga saliva, y por primera vez en la conversación me mira a los ojos— mereces una disculpa. No debí juzgarte antes de tiempo.

—No pasa nada —le respondo sincero. Al menos, ha sido la única en preocuparse por esto: disculparse—. Entonces, ahora te caigo bien.

—A ver, a ver. —Me señala con la cuchara y una de las comisuras de su boca se alza—. Paso a paso, señor Rumor. Aún estoy procesando todo esto y la confianza se gana poco a poco. Vas a tener que demostrarme que son falsos.

Suelto una risa y asiento con la cabeza. Comprendo que Ashley no tiene culpa de ningún rumor, y mucho menos de creer en ellos. Ella solo estaba cuidándose de lo que yo podría haber sido. Me alivia saber que se ha dado cuenta de que, en cierto modo, no soy como dicen. Quizá un poco gilipollas en su opinión, pero nada de lo que va rulando en boca de todos.

Ashley me mira y parece algo más tranquila ahora que se ha disculpado, aunque haya sido por una tontería. Me dedica una pequeña sonrisa que me descoloca. Es la primera vez que esa alegría llega a sus ojos cuando está conmigo. Y me da la sensación de que en ella es una forma de demostrar que he conseguido dar un paso en nuestra extraña relación, por complicada que sea.

—¿Cómo empezaron los rumores?

Su pregunta me trae de vuelta a la realidad. Meto una última cucharada de helado en mi boca y me giro hacia el volante, tragando saliva.

—Te llevo a casa, Ashley.

En cuanto apoyo mi mano en la palanca de cambios, se acerca a mí y me da un suave empujón con su brazo. Levanto la mirada hacia ella, con la duda en los ojos. No quiero hablar del tema, y se percata de eso, pero no tenemos que compartir ninguna palabra más para que me demuestre que el gesto ha sido para decirme «Estoy aquí». Y creo que no es consciente de lo mucho que agradezco que esté dándose cuenta de que no soy lo que dicen los rumores. Sé que se ha dejado llevar por ellos a pesar de que soy el mejor amigo

del novio de Iris. También sé que no ha querido saber nada de mí, ni siquiera por parte de Craig, quizá porque le gustaba mantenerse al margen de todo esto.

—Hoy ha estado Andrés en el restaurante —le digo, rompiendo el silencio, ya en marcha.

Se queda callada casi un minuto.

—¿Lo conoces?

—Digamos que sí. —En mis labios se dibuja una mueca—. Aunque no de la mejor manera.

—Me gustaría saber qué ocurrió entre vosotros. —Se baja las mangas de la chaqueta para tapar sus manos—. Pero también por qué ha ido a verte.

Freno en un semáforo y aprovecho para mirarla.

—Me ha pedido que me alejara de ti. —Lo suelto tan natural que me sorprende—. Ha dicho que sois mejores amigos y que tiene que cuidarte.

Ashley cierra los ojos y se pasa las manos por el rostro mientras suelta un suspiro.

—Me dijo lo mismo la mañana después de la fiesta —murmura—. No pienso hacerle caso.

No sé porque siento un pellizco en el estómago cuando la escucho.

—Me odia, y no le será fácil verte conmigo.

Aunque no es del todo verdad porque mi problema con Andrés va más allá de todo lo que cuentan sobre mí, decido no soltarlo del tirón. Tal vez él se me adelante y ponga a Ashley en mi contra, pero espero que esta vez hable conmigo antes de tomar decisiones apresuradas. O por lo menos, es lo que espero de ella.

—No tiene ningún derecho a decirte eso en mi nombre —se queja molesta, e incluso afligida—. Y menos aún cuando ni siquiera he hablado con él sobre ti y no le he pedido que me defendiera.

Una risa involuntaria sale de mi boca.

—Me lo creo. —Intuyo que es un buen momento para relajar el ambiente—. Si querías plantarme cara, habrías venido tú misma.

Ella también sonríe, y eso me alivia.

—Claro —me da la razón—. Te habría dado una paliza directamente.

Chasqueo la lengua en lugar de acentuar mi risa, y en sus labios aún perdura esa sonrisa preciosa que tenía cuando la recogí de clase hace unos días.

La que borró cuando me vio.

La misma que ahora me dedica a mí.

En cuanto llegamos al apartamento, freno el coche frente a su edificio. Ashley no sale enseguida, sino que se gira hacia mí. Me mantengo a la espera de que diga algo. Por como mordisquee su labio inferior, presiento que necesita soltar lo que le ronda por la cabeza. Pero no lo hace, y yo decido salvarla de ese aprieto porque a lo mejor es que aún no es capaz de sentirse en total libertad y calma conmigo.

—Sé que te costará confiar en mí, Ashley —murmuro, haciendo de esta conversación una mucho más íntima—. Prometo que, mientras dure nuestra apuesta, te demostraré que no soy lo que dicen por ahí. ¿Comemos mañana juntos? Para empezar a demostrártelo y eso...

Sonrío y ella se relaja al instante. Mi corazón da un par de golpes fuertes en mi pecho, aumentando la velocidad de los latidos, hasta que al final asiente, aceptando la propuesta.

—Lo demostraste el primer día aunque no me diera cuenta. —Abre la puerta del coche y sale, aunque se detiene antes de cerrarla—. Pero es divertido verte intentando ganarte mi confianza. Buenas noches, James.

No respondo hasta que se aleja y desaparece en el edificio.

—Buenas noches, Ashley.

